

El Alma de San Sebastián

EL ALMA DE SAN SEBASTIÁN

Lo que más me sorprende, cada vez que vengo á San Sebastián, es la sorpresa de los extranjeros á quienes encuentro en las calles, en los hoteles, en la playa. Todo les parece aquí singular. « ¡ Extraordinario ! » — dicen los franceses. — « ¡ Colosal ! » — exclaman los alemanes. — « ¡ Increíble ! » — aseguran los ingleses. Y es que, para ellos, para todos ellos, una ciudad española no puede ser sino un campo de ruinas suntuosas, poblado por seres violentos y raros. En Biarritz, contemplando los carteles que anuncian excursiones, y en los cuales se ve, por lo general, una cabeza de toro chorreando sangre, una torre árabe destacándose en un cielo de cobalto, una maja vestida y una pandereta; en Biarritz, ó en Pau, ó en Bayona, ó en cualquiera de los reposorios que preceden el paso de los montes, las gentes cosmopolitas se forman su visión. Luego al llegar á la frontera, la silueta vetusta de Fuenterrabía las hace murmurar :

— Eso, eso...

Eso, en efecto, es lo que ellos esperaban, esa

ruina admirable en esa melancolía sórdida, y, por lo mismo, no extrañan la grandeza pintoresca del cuadro.

Pero en San Sebastián, desde que llegan, los clamores de extrañeza comienzan.

— Increíble...

— Extraordinario...

— Colosal.

No obstante, lo que tanto les pasma es lo que ellos han visto en otras partes, lo que existe en Biarritz, lo que es común en Ostende, lo que no falta en Trouville, lo que abunda en Niza. Es la playa con su movimiento, es la calle con su elegancia, es el hotel con su lujo, es el café con suntuosidad, es el escaparate con su *chic*, es el pueblo con su limpieza, es el campo con sus *chalets*.

— Esto — aseguran, al fin, perentoriamente — esto no es España.

Y, en realidad, no es la España que ellos sueñan. No es la ciudad española que se cuelga una mantilla en su corona de torres. No es la belleza de contrastes, de recuerdos y de sorpresas, en la cual un piano de manubrio hace bailar tangos á la sombra de un paredón almenado. No es la española de la navaja en la liga, no; ni la española de labios de clavel y de claveles en el pelo. Pero es española, española pura. Es la española que viste bien, que vive bien, que sabe leer y que ha aprendido á trabajar sin olvidarse de sonreír y de soñar.

Para mí, es la ciudad modelo. Porque hay, entre nosotros, un prejuicio inepto, que consiste en achacar á las cualidades eternas del alma nacional la decadencia de estos últimos siglos. « No seremos nada — aseguran los profetas — mientras no hayamos renunciado á nuestro espíritu aventurero y á nuestros gustos anacrónicos. Hay que suprimir los toros, hay que matar lo flamenco, hay que echar abajo los muros ruinosos, hay que romper las guitarras, hay que destruir las leyendas. En seguida, hay que trabajar. » Y, según parece, toda una región de España, laboriosa y rica, la Cataluña, ha realizado, ó por lo menos tratado de realizar, este programa, sin notar que con ello no logra sino desarraigar su alma de su suelo.

Y todo eso, después de todo, ¿para qué?... Sin desarraigarse moralmente, los demás pueblos de Europa trabajan, triunfan, se transforman, se engrandecen. « Enriqueceos » — dijo Guizot á los franceses. — Y los franceses se han enriquecido, sin renunciar á sus ligerezas encantadoras, á sus voluptuosas fantasías y á sus heroicas locuras. ¿Por qué, pues, sólo España, la España canonizada por la veneración universal, la España que desde hace seis siglos es el país que más fanáticos geniales tiene en el mundo, la España cuyaimagen caballescica, aparece en el prólogo de *Gargantúa* y continúa llenando al mundo, hasta ahora mismo que la encontramos en todas

partes; por qué sólo España, la España de la leyenda, la España de los arrojós, la España de las flores, ha de tener necesidad de cambiar de alma para cambiar de higiene y de hábitos prácticos? Siendo fantástica y aventurera, voluptuosa y creyente, fué antaño, laboriosa. Hoy vuelve á serlo. Hoy piensa de nuevo en ganar dinero. Hoy siente la necesidad de despertar á la vida moderna. Mas esto no implica la conveniencia de renunciar á la gracia antigua.

¡ Ah, no ! San Sebastián nos lo prueba, siendo, como es, muy española, y muy europea á la vez. Vedla vivir : es Europa. Pero vedla sentir, vedla pensar, vedla sonreír : es España.

Esta mañana, un joven inglés, que se pasea conmigo, me asegura cada vez que encontramos un grupo de muchachas elegantes :

— Son parisienses.

Yo mismo, á primera vista, me lo figuro. Esos trajecillos ceñidos bajo la larga « jaquette », esos grandes sombreros coronados de flores, esa gracia discreta en el ritmo resuelto del andar, todo lo exterior, en suma, es parisino. Sólo que cuando sigo sus pasos por la Alameda ó por el paseo de la Concha, y cuando las oigo hablar, y cuando las veo vivir, noto que no sólo en el fondo, sino en la forma misma, lo español es en estas mujeres lo esencial. Y lo propio pasa aquí con todo. Esas casitas lujosas que trepan entre los tilos por las abruptas laderas; esos palacios seño-

riales que contemplan el mar; esos hoteles magníficos, todos sonoros de femeniles risas; esos globos eléctricos, que hacen de la noche día; esas tiendas, en fin, esas tiendas tentadoras, cuyos escaparates no tienen nada que envidiar á los de la « rue de la Paix », todo eso, todo lo que constituye el lujo, el confort, el bienestar, el orgullo y la alegría de la linda ciudad, es, á pesar de su fachada parisiense, ó biarriteña, ó cosmopolita, muy español. Al cabo de unos cuantos días los extranjeros mismos, que no tienen prejuicios arraigados, lo notan. Y lo notan con gusto, porque hay en el fondo de la vida española, cuando la sordidez no la hace insoportable ó cuando el flamenquismo no la encanalla, una buena crianza campechana, con su poquito de fanfarronería hidalga y su gotita de voluptuosidad violenta, que no puede menos de seducir á los que vienen de fuera sin exagerados ideales.

¡ Ah ! ¡ La gracia española sin castañuelas y sin mantones, la elegancia sin chaquetillas, el ingenio sin sal andaluza ! Yo, humilde, confieso que prefiero esto á todo lo de fuera. Pero como hay que hablar con franqueza, diré que no es fácil encontrarlo en toda su integridad, pues, por lo general, alguna afectación la empaña en Madrid, como en Barcelona, y en Sevilla, más que en el resto de la Península.

Pero aquí, en San Sebastián, en esta vida sin pereza y sin fiebre, bajo este cielo que no es

meridional, en esta atmósfera algo plácida, algo húmeda y llena de suavidades amorosas; ante este mar de misterio, tan diferente del Mediterráneo; bajo estos arbolitos ligeros de la Concha, que parecen sacados de una estampa japonesa para sorprendernos con sus ramas caprichosas y sus frondosidades espumantes; aquí, en donde la detestable españolería de cromo se reduce á una corrida de toros los domingos y á algunas malagueñas estridentes, oídas de noche al pasar por las calles en que hay tabernas; aquí, donde el tiesto es de plata cincelada á la moderna, la flor de la raza se abre sin afectaciones, sin brusquedades y también sin gazmoñerías...

— Todo eso que los franceses nos achacan — so-
 lía decirme un buen canónigo toledano, que
 murió poco ha — es, en realidad, de fabricación
 extranjera. El mismo fanatismo católico, tan
 contrario al espíritu del Evangelio, es de fuera y,
 aunque parezca mentira, es francés cuando no es
 alemán. Nuestros arciprestes del tiempo de los
 reyes indígenas, sabían siendo muy buenos cris-
 tianos, dar consejos picarescos á las buenas mo-
 zas, porque sabían que ni el amor, ni la galan-
 tería son pecados. Lea usted á Santa Teresa, y
 verá lo que eran los conventos de mujeres antes
 de que ella los reformara; eran lugares amenos,
 donde las lindas damas sin marido vivían de un
 modo agradable. Pero los extranjeros no se acuer-
 dan de esto. Para ellos, la iglesia española es la

inquisición; la inquisición, que es inventada por
 los franceses en la cruzada albigense, si no me
 equivoco... Y esto no es todo. Los que buscan
 nuestra alma en la pintura, estudian de preferen-
 cia al Greco y á Ribera. ¡ Ah, esos sí que son
 españoles para Europa! Pero, señor, si el Greco
 era extranjero, y tan extranjero que, veinte años
 después de haber llegado á Toledo, aún necesi-
 taba de intérpretes en sus procesos... En cuanto
 á Ribera, tan español, según los parisienses, ya
 sabe usted que, aunque probablemente nacido en
 España, aprendió á pintar en Nápoles, y ahí se
 quedó toda su vida. Lo mismo nos pasa con casi
 todo lo demás. Un rey muy español para el mun-
 do es Carlos V, porque se entierra vivo, porque
 muere en un monasterio, porque se pone un hábi-
 to de fraile sobre la coraza. ¡ Carlos V, empero, era
 tan alemán que no podía serlo más! ¡ Luego nos
 hacen ver á Felipe V en su Palacio con las barbas
 hirsutas, demacrado, lleno de terrores místicos,
 errando por los vastos pasillos con un crucifijo
 en la mano, medio desnudo, jadeante!... ¡ Y
 Felipe V, sin embargo, era un francés nacido en
 Francia!... En cambio, nadie habla de nuestros
 buenos reyes de Aragón, francos, leales, alegres
 activos; ni de nuestros nobles reyes de Castilla,
 espejos de esforzada hidalguía.»

Mi amigo el canónigo tenía razón. Un velo ne-
 gro, tejido en el extranjero, empaña el cielo
 español. Pero hay que confesar que durante tres

siglos, España ha mantenido ese velo con sus propias manos entre miserias del pueblo, crueldades de la Iglesia, fanatismos de la aristocracia. Y ahora, que un noble esfuerzo nacional de trabajo y de libertad lo ha rasgado, aún persiste su sombra y aún persiste, sobre todo, su leyenda.

San Sebastián, sin embargo, debiera bastar para hacer ver al mundo lo que la raza puede dar cuando se encuentra en su apogeo. Esta ciudad, laboriosa, alegre, activa, llena de ideas modernas, con vida cosmopolita, lujosa y limpia, está bien situada en donde la vemos. Los europeos que penetran en la Península, y que se encuentran con su risueña suntuosidad, comprenderán poco á poco lo que es la verdadera España cuando se quita la capa mugrienta, abandona el confesionario, olvida las humillaciones, recobra la libertad y aprende á leer y á trabajar. Hasta ahora, sin duda, aún no han querido los señores extranjeros ver la realidad de este despertar del alma antigua á la existencia nueva.

— Eso no es España — murmuran.

Esto es España, no obstante; la verdadera España, la España de mañana, la España consciente, fuerte, laboriosa, airosa y bien criada. Es la España que ha tomado de fuera lo práctico y lo útil, sin cambiar de alma.

NOTAS VERANIEGAS

À Monsieur Boquin.